

No hay un solo día en que las mujeres no sufran por el alcohol que beben los hombres, aunque nunca han tenido el poder de expresar tal sufrimiento. En cuanto consigan el derecho a votar en todas partes, lo primero que van a hacer es cerrar los bares.

Jack London

CAPÍTULO I

El día de las elecciones se me ocurrió todo. Era una tarde cálida en California y fui a caballo al valle de la Luna, desde el rancho al pueblecito, para votar a favor o en contra de las muchas enmiendas propuestas a la constitución del estado. Como hacía calor, me tomé varias copas antes de votar y otras tantas después. Luego volví por los viñedos y los pastos de las colinas del rancho y llegué a la granja justo a tiempo para cenar y tomar otra copa.

—¿Has votado a favor o en contra de la enmienda sobre el sufragio? —me preguntó Charmian.

—A favor.

Profirió un grito de sorpresa. He de precisar que en mi juventud me opuse al sufragio femenino, a pesar de defender la democracia con pasión. Tiempo después me volví más tolerante, pero tampoco me entusiasmaba que el sufragio femenino fuera un fenómeno social inevitable.

—¿Y por qué has votado a favor? —preguntó Charmian.

Le contesté. Le contesté largo y tendido. Le contesté con indignación. Cuanto más contestaba, más me indignaba (no, no estaba borracho. La yegua en la que había montado aquella tarde se llamaba La Forajida por algo. Ya me gustaría ver a un borracho montar en ella).

Aun así, ¿cómo explicarlo? Estaba achispado, me sentía bien, iba embriagado y era agradable.

—Cuando las mujeres consigan el voto, van a votar a favor de la prohibición —le dije—. Son las esposas, las hermanas y las madres, solo ellas, las que van a enterrar a John Barleycorn¹...

¹ John Barleycorn, o Juan Cebada, es el protagonista de una canción popular inglesa y representa a las bebidas alcohólicas que se elaboran con este cereal, caso de la cerveza y el whisky (N. del T.).

—Pensaba que eras amigo de John Barleycorn —me interrumpió Charmian.

—Lo soy. Lo era. Ya no. No somos amigos. Nunca nos llevamos mal cuando está conmigo y parece que soy su mejor amigo. Es el rey de las mentiras. Es el más franco al decir la verdad. Es el respetado socio que te acompaña al caminar con los dioses. También se alía con el Sin Nariz. Sus caminos llevan a la pura verdad y a la muerte. Te aclara la vista y te enturbia los sueños. Es el enemigo de la vida y el profesor de la sabiduría que trasciende la propia vida. Es un asesino confeso y mata a la juventud.

Charmian me miró y supe que se preguntaba de dónde había sacado aquellas ideas.

Seguí hablando. Como digo, iba achispado. Todos los pensamientos estaban a gusto en mi cerebro. Cada uno, en su celdita, se agazapaba listo para salir, igual que los prisioneros que esperan para fugarse de la cárcel a medianoche. Cada pensamiento era una visión brillante, nítida e inconfundible. La blanca y clara luz del alcohol me iluminaba el cerebro. John Barleycorn se disponía a arrasarlo y decir la verdad, a contar sus secretos más selectos, y yo era su portavoz. Los muchos recuerdos de mi vida pasada se revolvieron y todos ellos se colocaron en orden, igual que los soldados cuando pasan revista. Me correspondía elegir y escoger. Era el señor del pensamiento, el amo del vocabulario y de la totalidad de mi experiencia, era capaz de seleccionar los datos y argumentar mi exposición con certeza. John Barleycorn pasa mucho tiempo engañándote y tentándote, suelta a los gusanos de la inteligencia para que te mordisqueen, susurra funestas intuiciones de verdad y puebla de pasajes floridos la monotonía diaria.

Le esboqué mi vida a Charmian y le expliqué cómo era mi constitución. No era un alcohólico hereditario. No nací con ninguna predisposición orgánica o química al alcohol. En este sentido, encajaba con lo normal en mi generación: el alcohol era un gusto adquirido. Lo había adquirido con dolor. El alcohol era terriblemente repugnante, más asqueroso que cualquier medicamento. Ni siquiera ahora me gustaba cómo sabía. Solo bebía por el «subidón». De los cinco a los veinticinco años no supe nada de este subidón. Me hicieron falta veinte años de prácticas forzosas para que mi organismo tolerase el alcohol con rebel-

día, para que yo lo desease con todo mi corazón y en lo más profundo de mi ser.

Le esboqué mis primeros contactos con el alcohol, le hablé de mis primeras borracheras y vomitonas y le señalé lo que, al final, siempre había podido conmigo, lo accesible que era el alcohol. No solo era accesible, sino que todos mis intereses me habían llevado a él a medida que pasaba la vida. Ya fuera de repartidor de periódicos en la calle, de marinero, de minero o de vagabundo en tierras lejanas, siempre veía el alcohol allí donde los hombres se reunían para intercambiar ideas, para reír, fanfarronear y retarse, para relajarse, para olvidarse del trabajo duro y aburrido y de las noches y los días tediosos; siempre que se juntaban había alcohol de por medio. El bar era el lugar de reunión. Los hombres se congregaban a su alrededor igual que los antepasados primitivos se reunían junto al fuego del hogar o en torno a la hoguera a la entrada de la cueva.

Le hablé a Charmian de las casas flotantes a las que le habían prohibido la entrada en el Pacífico Sur, donde los caníbales de pelo rizado escapaban de sus mujeres para festejar y beber ellos solos. Las mujeres tenían prohibido pisar aquellos recintos sagrados, bajo pena de muerte. De joven, gracias a los bares escapé de las limitaciones de la influencia de las mujeres y me refugié en el mundo amplio y libre de los hombres. Todos los caminos llevaban al bar. Los miles de caminos de las peripecias y las aventuras convergían en el bar, y de allí se expandían a todo el mundo.

—Lo fácil que es acceder al alcohol ha conseguido que me guste beber —concluí mi sermón—. Antes me daba igual, me reía del alcohol. Y aquí estoy, al final me puede el deseo de los borrachos, un deseo que ha tardado veinte años en despertar y otros diez en crecer. El efecto que tiene satisfacerlo no es bueno, para nada. Soy de carácter íntegro y alegre, pero cuando camino con John Barleycorn vivo el calvario del pesimismo intelectual.

A John Barleycorn también hay que reconocerle sus méritos —me apresuré en añadir (siempre me apresuraba)—. Esa es su maldición. Las supuestas verdades sobre la vida no son ciertas, son las mentiras vitales con las que sobrevive la vida y John Barleycorn miente.

—Lo cual no favorece a la vida —dijo Charmian.

—Exacto —respondí—. He ahí la jugarreta perfecta. John Barleycorn favorece a la muerte, por eso hoy he votado a favor de la enmienda. He repasado mi vida y he visto cómo lo accesible que es el alcohol ha conseguido que me acabe gustando. Verás, en comparación hay poca gente de una misma generación que nazca alcohólica. Al decir alcohólica me refiero a personas cuya química ansía el alcohol y se lo pide sin descanso. La gran mayoría de los bebedores compulsivos nace sin ese deseo por el alcohol, de hecho, les repugna. Ni el primer trago, ni el vigésimo y ni siquiera el centésimo consiguen que les guste, pero aprenden igual que se aprende a fumar, si bien es mucho más fácil aprender a fumar que a beber. Aprenden porque el alcohol es muy accesible. Las mujeres ya saben cómo funciona. Son las que lo pagan caro, las esposas, las hermanas y las madres. Cuando consigan el voto, van a votar a favor de la prohibición. Lo mejor es que la siguiente generación no tendrá problemas. Al no tener acceso al alcohol ni estar predispuestos a él, no lo van a echar de menos. Se va a traducir en que los jóvenes que nacen hoy y están en edad de crecer van a vivir una madurez más plena. Ah, igual que las jóvenes que nacen hoy y van a compartir las vidas de esos jóvenes.

—¿Y por qué no lo pones todo por escrito, por el bien de los hombres y mujeres venideros? —preguntó Charmian—. ¿Por qué no lo pones por escrito para ayudar a votar a favor de la prohibición a las esposas, las hermanas y las madres?

—«Las memorias de un alcohólico» —me burlé o, más bien, se burló John Barleycorn, pues estaba allí conmigo, sentado a la mesa durante mi agradable perorata altruista. Pasar de sonreír a burlarse sin previo aviso es uno de los trucos de John Barleycorn.

—No —dijo Charmian, sin prestar atención a la brusquedad de John Barleycorn, igual que muchas mujeres habían aprendido a ignorarlo—. Has demostrado que no eres alcohólico, ni dipsomaniaco, sino un mero bebedor compulsivo. Te has hecho amigo de John Barleycorn a base de pasar años en contacto con él. Ponlo por escrito y titúlalo «Memorias alcohólicas».

CAPÍTULO 2

Y, antes de comenzar, he de pedir al lector que camine conmigo, tenga compasión, pues la compasión es mera comprensión, y que empiece por comprenderme a mí, sobre quien escribo y sobre lo que escribo. En primer lugar, soy bebedor veterano. No hay nada en mi constitución que me predisponga al alcohol. No soy estúpido. No soy un puerco. Me conozco el bebercio de cabo a rabo y he bebido con cabeza. Nunca me han tenido que llevar a la cama ni tampoco voy por ahí dando tumbos. En resumen, soy un hombre medio y normal y bebo lo normal, igual que la media en lo que se refiere a la bebida. Esa es la cuestión, que escribo sobre los efectos del alcohol en los hombres medios y normales. No tengo nada que decir sobre las mínimas personas sin importancia que beben en exceso, los dipsomaníacos.

A grandes rasgos, hay dos tipos de bebedores. Está el hombre al que todos conocemos, estúpido y sin imaginación, cuyo cerebro se entumece por culpa de los mordisquitos de los gusanos; aquel que camina generoso a grandes zancadas, da pasos inciertos y suele acabar hecho un desastre; aquel que ve, en lo más extremo del éxtasis, ratones azules y elefantes rosas. Es el tipo que da pie a las bromas de las tiras cómicas.

La otra clase de bebedor tiene imaginación, es un visionario. Incluso cuando va de lo más achispado y contento, camina erguido y con naturalidad, nunca se tambalea ni se cae y sabe con certeza dónde está y qué hace. No se emborracha su cuerpo, sino su mente. Quizá derroche ingenio o se explaye en buena compañía, quizá ve los espectros y fantasmas intelectuales que son cósmicos y lógicos y adoptan las formas de los silogismos. Es en este estado cuando pela las cáscaras de las ilusiones más sanas de la vida y piensa, a conciencia, en la cadena de hierro de la necesidad que lleva forjada alrededor del cuello del alma.

Es el momento del poder más sutil de John Barleycorn. Es fácil que cualquiera se caiga y acabe hecho un desastre, pero es un calvario tremendo ponerse en pie sin tambalearse y decidir que en todo el universo solo hay una libertad, en concreto, prever el día de tu muerte. Para este tipo de hombre, es la hora de la Lógica Blanca (de la que hablaré más adelante), cuando es consciente de que quizá solo conozca las leyes que rigen las cosas, nunca su significado. Es el momento más peligroso. Los pies lo llevan por el camino que conduce a la tumba.

Todo se le aclara. Todas las desconcertantes carreras en pos de la inmortalidad no son más que el pánico de las almas que temen a la muerte, malditas con el don de la imaginación, a su vez triplemente maldito. Carecen del instinto por la muerte, de la voluntad de morir cuando te llegue la hora. Se autoengañan y se creen capaces de ser más listas y de ganar un futuro, dejan para los demás animales la oscuridad de la tumba o los calores aniquiladores del crematorio. Pero este hombre, en el momento de la Lógica Blanca, sí sabe que dichas almas se engañan a sí mismas y se pasan de listas. Nos ha sucedido a todos. No hay nada nuevo bajo el sol, ni siquiera la fruslería que tanto ansían las almas débiles: la inmortalidad. Pero él lo sabe, vaya si lo sabe, se pone de pie y no se tambalea. Se compone de carne, vino y chispa, de motas de sol y polvo del mundo, es un mecanismo frágil hecho para correr durante un tiempo, para que jugueteen con él los médicos de la divinidad y los de la física, para que al final lo arrojen con la chatarra.

Por supuesto, todo son enfermedades del alma, enfermedades de la vida. Es la pena con la que el hombre imaginativo ha de pagar por la amistad con John Barleycorn. La pena del estúpido es más sencilla y simple. Bebe hasta emborracharse, hasta la inconsciencia. Duerme un sueño alcoholizado y, si sueña, tiene sueños vagos e inarticulados. Mas al hombre imaginativo, John Barleycorn le manda los silogismos despiadados y espectrales de la Lógica Blanca. Observa la vida y todos sus asuntos con la mirada amarga de un filósofo pesimista y alemán. Ninguna ilusión le engaña, va más allá de todos los valores. El bien es el mal; la verdad, una trampa, y la vida, una broma. Desde la calma de las alturas desesperadas, con la certeza de un dios, contempla toda la vida y la identifica con el mal. Las esposas, los hijos, los amigos... a la